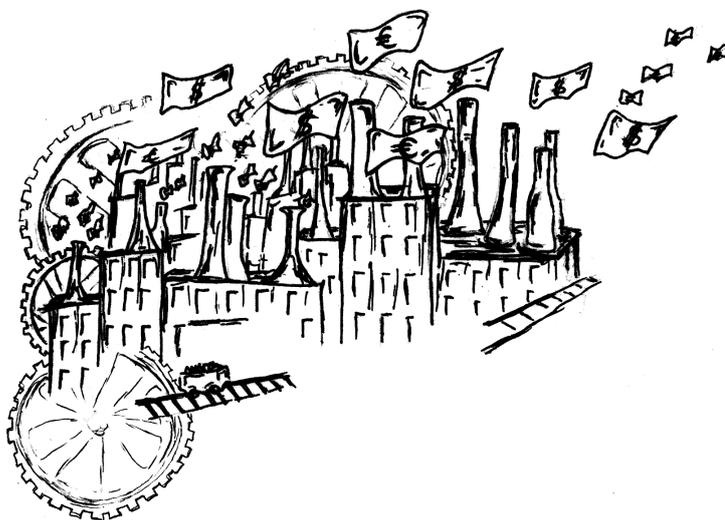


REFLEXIONES SOBRE LA CRISIS

RÉMY HERRERA*



17

I. Introducción

Uno de los errores más frecuentes en las habituales interpretaciones de la actual crisis es que se trataría de una crisis financiera que contaminaría la esfera real de la economía. En realidad se trata de una crisis del capital, en la que uno de los fenómenos más visibles y mediatizados ha surgido en la esfera financiera en razón de la extrema financiarización del capitalismo contemporáneo. Nos las vemos con una crisis sistémica -que toca al corazón mismo del sistema capitalista, el centro de poder de las altas finanzas, que controla la acumulación desde hace más de tres décadas. No es un fenómeno coyuntural, sino estructural. La serie de repetidas crisis monetario-financieras que han golpeado sucesivamente a diferentes economías desde hace treinta años forma parte de la misma crisis -desde el «golpe de Estado financiero» de los Estados Unidos en 1979: México en 1982, crisis de la deuda en los años 80, Estados Unidos en

1987, Unión Europea -Gran Bretaña incluida- en el 1992-1993, México en 1994, Japón en 1995, la, así llamada, Asia «emergente» en 1997-1998, Rusia y Brasil en 1998-1999, así como Costa de Marfil en ese mismo momento, de nuevo Estados Unidos en 2000 con la explosión de la burbuja de la «nueva economía», después Argentina y Turquía en 2000-2001... Crisis que se ha agravado recientemente, sobre todo desde 2006-2007, a partir del centro hegemónico del sistema, y que se ha generalizado como una crisis multidimensional; a la vez socioeconómica, política, energética, climática, alimentaria, humanitaria incluso y, por supuesto, también financiera: en Islandia, en Grecia, en Irlanda, en Portugal... No es el «*beginning of the end of crisis*» percibido por los consejeros del presidente Barack H. Obama. No es una crisis de crédito normal y corriente, ni tampoco una crisis de liquidez pasajera, mediante la cual el sistema

*Rémy Herrera es investigador en el CNRS, UMR 8174 Centre d'Economie de la Sorbonne Université de Paris 1 Panthéon-Sorbonne, en Francia. Estas reflexiones fueron presentadas originalmente en el seminario «Marx au XXIe siècle» organizado por Jean Salem en la Sorbonne. La traducción y establecimiento al español es de Alejandro Arozamena.



encontraría el modo de recomponerse, se reforzaría y volvería a comenzar «normalmente» -con un nuevo auge de las fuerzas productivas y en el cuadro de las relaciones sociales modernizadas. Todo esto parece más grave, verdaderamente mucho más grave...

II. Primera parte: la referencia a Marx

A. Comenzaría diciendo que, para analizar esta crisis capitalista en particular, así como las crisis capitalistas en general, la referencia a Marx sigue siendo, hoy, totalmente *fundamental*.

18

1. porque el marxismo, o los marxismos (incluidas ciertas mezclas marxizantes), nos proporcionan para este análisis, herramientas, conceptos, métodos, teorías, así como salidas políticas muy *potentes* -y ello a pesar de las dificultades e incertidumbres. Es el cuadro teórico más potente y más útil para comprender y para analizar la crisis, y sobre todo para aprehender las transformaciones actuales del capitalismo e intentar explicar las transiciones poscapitalistas que se abren e inician -por las razones y en las condiciones que aquí diré.

2. Para aquellas y aquellos que -en un seminario tal- tuvieron la desfachatez de no estar convencidos y tuvieron, asimismo, a los marxismos por poca cosa, añadiría que poca cosa es mejor que nada; pues el hecho (increíble) es que *no existe* teoría de la crisis en la corriente actualmente dominante en economía, a saber: el *mainstream* neoclásico. O peor: para él, la crisis *no existe* en el elemento de la teoría. Es tan cierto como que la mayor parte de las grandes enciclopedias «ortodoxas» no tienen ni capítulo ni entrada para «crisis». En la teoría (para la economía estándar: la formalización matemática) o en la empiria (para esta misma economía estándar: la econometría), el tema de la crisis interesa poco: se le han dedicado muy pocos trabajos académicos de la corriente neoclásica -comprendidas sus fronteras (internas) «neokeynesianas».

Para el *mainstream*, la moneda no está integrada en el circuito, ni en la dinámica, de reproducción del capital: valor igual a precio; tasa de ganancia igual a tipo de interés; en microeconomía, no existe la moneda en el equilibrio general versión Arrow-Debreu; en ma-

croeconomía, la moneda en general es considerada como neutra, de tal modo que el equilibrio es automático y la crisis se halla prohibida por construcción. Es importante, pues, retener en el espíritu, y desde el principio, que la ideología científica del capitalismo no toma a la crisis por objeto de estudio y, por consiguiente, no puede comprender las crisis del capitalismo realmente existente. Eso no quiere decir que, sobre tal o cual punto, ciertos análisis neoclásicos no sean, por desgracia, mejores que los marxistas, pues, sobre estos puntos, los ortodoxos pueden comprender mejor lo que pasa (por ejemplo: en cuanto a las transmisiones de los efectos de la esfera financiera a la esfera real, o incluso en finanzas [finanzas matemáticas] donde los marxistas están muy poco presentes).

Por tanto, hay que leer a Marx para no descolgarse pero, igualmente, hay que leer la literatura de nuestros enemigos, incluida la prensa del *establishment*; y más aun cuando las fracciones de clase dominantes discuten entre ellas como si los pueblos no estuvieran ahí o no comprendieran nada y cuando, al contrario que la mayor parte de las direcciones partisanas y sindicales «de izquierda», no han abandonado la defensa de sus posiciones de clase, ni una cierta solidaridad internacional (digamos, más bien, interimperialista).

Pero como la crisis es un hecho muy difícil de negar en la práctica, aquellos de entre los neoclásicos que se interesan en ella la analizan a partir de factores exteriores a los mercados y perturbadores de los mecanismos automáticos de corrección por los precios: las intervenciones del Estado, los «bugs» informáticos (puesto que la mayoría de las órdenes de transacciones financieras pasan por ordenadores, con tiempos de reacción medidos en milmillonésimas de segundo [en nanosegundos, en 10^{-9}], o los excesos de comportamiento de ciertos agentes (los fraudes Ponzi *à la Madoff* o el agujero del señor Kerviel).

Pero, de hecho, la especulación no es un exceso o un error de la *corporate governance*; es una poción mágica contra el mal estructural del capitalismo, un remedio para contrarrestar la tendencia a la baja de la tasa de ganancia y ofrecer salidas a las masas de capitales que ya no encuentran rentable su inversión en la pro-

ducción –siendo la explosión de las «burbujas» el precio que hay que pagar (es decir, que tienen que pagar los pueblos). En la visión ortodoxa, la concentración de la propiedad privada y la lógica de maximización del beneficio individual no son consideradas como problemáticas. La concepción neoclásica del Estado es la de una entidad separada de la esfera económica y no dominada por los intereses del capital. Existen los sindicatos, al menos en teoría, pero no la lucha de clases.

Evidentemente nos es preciso alejarnos de tales interpretaciones, porque sabemos que las crisis forman parte integrante de la contradictoria dinámica de la reproducción ampliada del capital.

3. Provoquemos un poco: las heterodoxias vuelven a tomar fuerza tan pronto como vuelven a Marx. Es el caso de Keynes. En su crítica a los neoclásicos, Keynes extrajo una parte de sus ideas de un fondo teórico común a Marx. Los dos se encuentran en un común rechazo a la ley de Say. Keynes, en cierto sentido, vuelve a una teoría del valor trabajo pero sin llevarla adelante, ni hablar de explotación. Incluso llega a retomar, en *Treatise on Money*, los esquemas de reproducción del libro II (probablemente sin saberlo, pues jamás leyó verdaderamente a Marx, pero conocía al ruso Tugan-Baranovski sobre todo su *Crisis industriales en Inglaterra*), para abordar el problema de la crisis bajo el ángulo monetario, a la manera de la teoría del ciclo en los negocios de la época (y por tanto de un modo muy diferente a Marx), y todo para concluir que es lo insuficiente de la inversión (y no del ahorro) lo que engendra la crisis.

Al igual que Marx, Keynes ve al capitalismo desembocar en un hundimiento por razones endógenas al sistema. Y mirándolo un poco más de cerca, la causa última de la crisis en Keynes confirma el análisis marxista: lo que explica la crisis, por encima de la insuficiencia de inversión (debida a una disminución en la eficacia marginal del capital, en sí misma ligada a obsolescencia del capital y eventualmente acentuada por la subida del tipo de interés) es, en última instancia, la competencia capitalista -o sea, lo que Marx llama las contradicciones internas del capitalismo. En Keynes, la definición de la ganancia es mucho más próxima a Marx que a los neoclásicos, en un esquema

donde, si baja la ganancia, las anticipaciones degradadas hacen bajar las inversiones (Kalecki habría tenido razón al corregir diciendo: las anticipaciones hacen bajar los planes de inversión), que es lo que hace entrar a la economía en crisis, la cual está caracterizada por un equilibrio sin pleno empleo y sin mecanismos de ajuste espontáneo del mercado.

Por tanto, conviene ir más allá del examen de la cuestión de la repartición del valor añadido (entre salarios y beneficios), tal y como lo hacen la mayor parte de los -verdaderos o falsos- keynesianos.

B. ¿Qué interpretación marxista de la crisis?

1. La crisis se interpreta en términos marxistas como crisis de sobreacumulación del capital. Desde hace cierto número de años, algunos venimos sosteniendo la inevitabilidad de una desvalorización del capital (brutal y de gran amplitud). Esta crisis tenía que llegar... Fundamentalmente, puede explicarse por una sobreacumulación del capital derivado de la anarquía misma de la producción, que conduce a una presión a la baja tendencial de la tasa de ganancia cuando las contratendencias (incluidas las nuevas contratendencias, ligadas, como se verá, a los nuevos instrumentos financieros) vienen a agotarse. Y esta sobreacumulación se manifiesta a través de un exceso de producción vendible, no a causa de una insuficiencia de personas con la necesidad (o teniendo el deseo) de consumir, sino porque la concentración de las riquezas tiende a excluir de la posibilidad de adquirir bienes a una proporción cada vez más grande de población. Pero en lugar de vérnoslas con una superproducción estándar de mercancías, el auge del sistema de crédito permite al capital acumularse bajo forma de capital-dinero, el cual puede presentarse bajo formas siempre más abstractas, irreales, ficticias.

2. El concepto de «capital ficticio» me parece ser de lo más importante para el análisis de la crisis. Tanto su principio de base -la capitalización de unos ingresos derivados de un plusvalor por venir-, como algunas formas bajo las cuales puede encontrarse (capital bancario, acción en bolsa, deudas públicas...) ya fueron identificadas



por Marx en su tiempo. Marx esbozó su estudio, vinculado con los del capital portador de interés y el del desarrollo del sistema de crédito capitalista, en la sección 5 del Libro III de *El Capital*, especialmente a partir del capítulo XXV, y sobre todo en el capítulo XXIX («componentes del capital bancario»), y hasta el capítulo XXXIII.

Las ideas no están acabadas -nunca lo están, a pesar de los trabajos de los grandes autores; las cosas han cambiado mucho (la moneda ha cambiado de forma para volverse todavía más inmaterial, el mercado de cambios o divisas se ha dilatado extraordinariamente en un régimen desligado del oro). Pero Marx nos ha dejado elementos que permiten aprehender los movimientos ficticios del capital, que integran el sistema de crédito y el capital monetario, cuyo análisis conduce a los de la reproducción ampliada en estrecho contacto con el desarrollo exorbitante de formas cada vez más irreales del capital, en tanto que fuentes de valorización autonomizadas, aparentemente separadas de la plusvalía o apropiadas sin trabajo, como «por arte de magia». Marx hablará aquí de capital funcionando como un «autómata» -tal vez se podría decir como un «autócrata», tal y como lo pudo decir [Marx, se entiende], en otra parte, de la máquina de Estado.

El lugar de formación por excelencia del capital ficticio se sitúa en el sistema de crédito, que religa a la empresa capitalista con el Estado capitalista; y lo que se encuentra en esta intersección es lo siguiente: las Bolsas, los bancos, pero también los fondos de pensiones, los fondos de inversión especulativos (o *hedge funds*, localizados en los paraísos fiscales) y otras entidades similares. Los vectores privilegiados del capital ficticio hoy son la titularización (que transforma activos [por ejemplo, créditos] en títulos financieros) y los intercambios de productos derivados, que son «potencias» del capital ficticio.

3. Pero, aquí, hay que resolver numerosos y delicados problemas teóricos y empíricos. Problemas teóricos. Ejemplos: para distinguir las diversas fuentes de capital ficticio, según su soporte y grado de desvinculación de la esfera real. O para mostrar que los beneficios del capital ficticio también son *reales*. O para mostrar cómo estas «ganancias ficticias» (reales) pueden ser asimiladas a la acción de una contratenden-

cia a la baja de la tasa de ganancia. Problemas empíricos, igualmente: para demostrar el origen de las ganancias ficticias. O para llegar a recalcular las tasas de ganancia y saber cuál es el lugar del capital ficticio en la rectificación de las tasas de ganancia. O cómo es repartida la plusvalía entre las diferentes fracciones capitalistas...

El capital ficticio es de naturaleza compleja, dialéctica, a la vez real e irreal. Su naturaleza es en parte parasitaria, pero este capital se beneficia de una distribución de plusvalía (su liquidez da a su propietario el poder de convertirla, sin pérdida en capital, en *moneda*, «liquidez por excelencia»). Y este capital alimenta una acumulación de capital ficticio adicional como medio de su propia remuneración.

De manera más general, uno de los problemas más serios a este respecto es la cuasi-imposibilidad de formalizar (se sea marxista o no en economía) sin verse forzado a separar las esferas real y financiera; lo que, en verdad, no es muy satisfactorio. Incluso si es cierto que forma-mercancía y forma-moneda deben ser separadas para acabar por volverse inseparables.

Volvamos a los orígenes de la crisis...

III. Segunda parte: orígenes, manifestaciones y efectos de la crisis

1. ¿Los orígenes de la crisis?

A. Los orígenes financieros

a) La crisis que estalló sobre el compartimento *subprime* del mercado inmobiliario estadounidense había sido preparada por décadas de sobreacumulación de capital ficticio. Es necesario aprehender esta crisis en una perspectiva de largo período en el agravamiento de los disfuncionamientos de los mecanismos de regulación del sistema mundial bajo la hegemonía de los Estados Unidos, al menos desde la sobreacumulación de capital-dinero de los años 1960, ligada al déficit estadounidense (causado, en parte, por la Guerra de Vietnam), hasta las insostenibles tensiones sufridas por el dólar y la multiplicación de los eurodólares (después petrodólares) en los mercados interbancarios.

b) En este proceso, ciertos acontecimientos tuvieron un papel fundamental, entre los cuales podemos encontrar, sobre el mercado de cambios, el desmantelamiento de los acuerdos de Bretton Woods con la decisión de los Estados Unidos en 1971-1973 de no respetarlos más, abandonar la convertibilidad-oro y desmonetarizar el oro, por tanto desmantelar el sistema del patrón-oro bajo Nixon (y Paul Volker, hoy consejero del presidente Barack Obama), y flexibilizar los regímenes de cambio.

De ahí, las grandes olas de desregulación de los mercados monetarios y financieros a partir de finales de la década de los 70, especialmente con la «liberalización» de los tipos de cambio y tipos de interés. La crisis de la deuda de los países del Sur emana de la subida de los tipos de interés de la Fed en 1979, del «golpe de Estado financiero» por el cual las altas finanzas, esencialmente estadounidenses, vuelven a tomar el poder de la economía mundial.

En los orígenes profundos de la crisis están actuando todos estos procesos de desregulación (y, por lo tanto, de re-regulación por los oligopolios financieros) y de integración de los mercados financieros en el seno de un mercado globalizado, los cuales desplazarán el centro de gravedad del poder mundial hacia las altas finanzas, y le permiten imponer sus *diktats* a toda la economía.

c) En esta nueva era «neoliberal», los mercados financieros han sido modernizados, particularmente a través del desarrollo de instrumentos de cobertura; instrumentos que se han hecho necesarios por la flexibilización de los intercambios y de los tipos de interés sobre los mercados progresivamente integrados: quiero hablar aquí de los productos mundiales derivados, es decir de contratos que soportan transacciones, ya sean contratos firmes (organizados a largo plazo [los *futures*], de contratación directa, es decir, contratos de común acuerdo y por adelantado [los *forwards*], por intercambio de flujo, es decir, contratos de permuta financiera [los *swaps*]...), ya sean opcionales, y que fijan los futuros flujos financieros en función de las variaciones de precio de los activos subyacentes, que pueden ser un tipo de cambio, un tipo de interés, el curso de acciones o materias primas, o un futuro acontecimiento probabilizable. Son

herramientas de cobertura (*hedge* en inglés), pero que de hecho sirven, la mayoría de las veces, como estrategias de especulación, jugando con el «efecto de palanca» al correr riesgos a partir de inversiones de conjunto limitadas; sobre todo cuando se trata de híbridos y dan lugar a ventas al descubierto sin contrapartida (o *short sells*) -en teoría, las operaciones más arriesgadas pueden llevar a pérdidas matemáticamente infinitas (por ejemplo: con las opciones de venta o *put*).

De donde se desprende que los importes correspondientes a la creación de este capital ficticio han superado, muy rápida y ampliamente, a aquellos destinados a la reproducción de capital productivo. Ejemplo: en 2006, el valor anual de las exportaciones igualaba a tres días de intercambio de OTC u *over-the-counter*, contratos «*off-exchange*» negociados sin intermediario por adelantado, por tanto fuera de bolsa - 420 mil millones de dolares cambiados por día. Este valor no quiere decir nada o, al menos, no nos dice nada. Pero estos 4'2 teradólars son cambiados por un número muy restringido de oligopolios financieros, los *primary dealers* que la Fed llama el *G15*: Morgan Stanley, Goldman Sachs y otros 13.

Son, sobre todo, lo que se llama las desviaciones de crédito, con montajes muy complejos de tipo swaps de deuda de crédito (CDS) o deudas adosadas a activos (CDO), las que plantearon problemas transformando completamente la visión tradicional del crédito y poniendo en juego varios grados o varias «potencias» de capital ficticio [las CDO de CDO o CDO²] - problemas de los que, con toda evidencia, aún no hemos salido puesto que unas de las últimas y más recientes innovaciones en finanzas han sido las CDO de CDO², es decir las CDO³; las cuales, obviamente, van a ser cambiadas fuera de bolsa, registradas fuera de balance y creadas casi sin reglas prudenciales.

B. Los orígenes reales

a) Pero, también y sobre todo, conviene comprender esta crisis en la articulación de las esferas financiera y real: a largo plazo, las contradicciones que ha revelado sumergen sus raíces en el agotamiento de los motores de expansión



después de la Segunda Guerra Mundial, que trajo consigo estas profundas transformaciones financieras. En la esfera real, las formas de extracción de plusvalía y de organización de la producción habían tocado sus límites y debieron ser relevadas por nuevos métodos (de tipo Kanban) y reimpulsadas mediante el progreso tecnológico (informática, robótica), que transformó profundamente las bases sociales de la producción -sobre todo, mediante una sustitución del trabajo por el capital. Después de la larga sobreacumulación cada vez más concentrada en la esfera financiera bajo forma de capital-dinero, el exceso de oferta acentuó la presión a la baja de la tasa de ganancia observada desde finales de los años 1960.

b) Y para intentar resolver -en la ficción- este problema, en los Estados Unidos, la Fed, donde dominaban las tesis monetaristas, aumentó sus tipos de interés unilateralmente a fines de los años 1970, marcando la entrada en la llamada era del «neoliberalismo» (que sigue siendo una palabra hueca si no es dotada con un contenido de clase y relacionada con el poder de los oligopolios de las altas finanzas modernas).

Algunos de los factores mayores de la crisis son de naturaleza «real» y están ligados a la austeridad: la crisis de las *subprimes*, por la cual numerosas familias pobres se han encontrado con deudas de pago, se explica también por las políticas neoliberales llevadas a cabo desde hace más de treinta años y que ahora se recrudecen con todo su rigor, rompiendo los salarios, flexibilizando el empleo, masificando el paro, degradando las condiciones de vida; políticas que han destrozado la demanda y accionado los resortes que la vuelven artificial, e insostenible.

c) Por tanto, el crecimiento en el régimen neoliberal sólo puede ser mantenido estimulando a muerte la demanda de consumo privado y disparando al máximo las líneas de crédito -y es este auge exorbitante del crédito el que acaba por revelar la crisis de sobreacumulación en su versión actual. En una sociedad en la que masas de individuos cada vez más numerosas están excluidas y sin derechos, la ampliación de salidas ofrecidas a los propietarios del capital solamente puede retardar la desvalorización del excedente de los capitales colocados en los mercados financieros pero, ciertamente, no puede evitarla.

Es en el núcleo de la lógica de la dinámica de la economía estadounidense donde nace la crisis; con, por una parte, un reajuste de los equilibrios internos y externos efectuado por drenaje de capitales sostenibles extranjeros, que se pueden interpretar como una punción operada por las clases dominantes estadounidenses sobre las riquezas del resto del mundo, y, por otra parte, en el interior de los Estados Unidos, la concentración más fuerte de riquezas desde hace un siglo. Algunos datos: la parte de los ingresos acaparados por el 1 % más rico en el producto total eran del 10 % hace 30 años, hoy es del 25 %; la parte de los que estaban entre el 10 % de los más ricos era de un tercio en 1979, hoy es del 50 %. Todo ello, debido al extraordinario inflamamiento de los beneficios financieros (del capital ficticio) de las clases dominantes que deformará macroscópicamente la economía de los Estados Unidos, particularmente la tasa de ahorro, se vuelve negativo justo antes de la crisis. De ahí, vía la esfera real, la catástrofe actual.

¿Cómo se manifiesta?

2. Las manifestaciones de la crisis

A. Las manifestaciones financieras y reales

a) La primera manifestación de la crisis fue una destrucción brutal de capital ficticio: hacia el año 2008, la capitalización total de las bolsas mundiales pasó de 48,3 a 26,1 billones de dólares (o sea millones de millones, o millares de miles de millones, ¡se está en 10^{12} !). Ésta espiral descendente de los activos en valor es acompañada por una pérdida de confianza y una situación de iliquidez en el mercado interbancario, en un mundo que, sin embargo, sería superlíquido -siendo la hipótesis más probable la de una insolencia de numerosos bancos.

Por consiguiente, en un contexto en el que los títulos compuestos y los riesgos que los caracterizan están cada vez peor evaluados (dado que no son evaluables -por no hablar de las aberraciones de funcionamiento de las agencias de calificación de tipo Moody's), los problemas se han desplazado desde el compartimento *subprimes* hacia el de los créditos de créditos inmobilia-

rios (del capital ficticio de grado uno al capital ficticio de segundo grado), y después hacia el de los préstamos solventes (los *primes*), antes de que la implosión de la burbuja de instrumentos adosados a las hipotecas inmobiliarias viniera a contaminar los otros segmentos de los mercados financieros y, desde ahí, el mercado monetario propiamente dicho.

Y fue entonces cuando todo el sistema de financiación de la economía quedó bloqueado.

b) La desvalorización del capital tuvo una dimensión real, por el *bias* del *credit crunch*, por la desaparición del crédito, en particular de préstamos al consumo. Las economías entraron en depresión, coyunturalmente desde 2007 pero, también, estructuralmente, en un mundo en el que se van a pique algunos recursos naturales estratégicos (en primer lugar, el petróleo) y en el que la búsqueda de nuevas fuentes de energía plantea límites objetivos al crecimiento -y entraña presiones para entrar en guerra.

Resultado: los indicadores económicos son desreglamentados: caída de las tasas de crecimiento, de los intercambios comerciales, del consumo en las unidades familiares, pérdidas de explotación de firmas industriales, paro, pérdidas de vivienda, de ahorro...

c) Finalmente, una dimensión extremadamente preocupante de esta crisis es el endeudamiento de los poderes públicos, en particular de los Estados (que, en parte, han «nacionalizado» la deuda privada), y las dificultades consecutivas en materia de finanzas públicas, hasta en las instituciones locales, muy especialmente en lo que se refiere a los presupuestos sociales (educación, sanidad, jubilaciones)...

De ahí, las reestructuraciones (mediante rescate-reagrupamiento) de las deudas soberanas que se discuten actualmente.

B. Y además está la guerra...

a) Crisis y guerra están imbricadas. Primero, porque la guerra está integrada en el ciclo, económicamente, como forma de destrucción del capital, pero también políticamente, para la reproducción de las condiciones de mantenimiento y continuidad en el mando de las fracciones dominantes de las clases dominantes -las altas finanzas- sobre el sistema mundial.

Durante la guerra fría, el desarrollo de las fuerzas productivas dio un gran impulso a los Estados Unidos y, en parte, fue debido al gasto militar y al complejo militar-industrial, a través de la carrera armamentística y los progresos técnicos inducidos (sistemas informatizados, robots dirigidos por ordenadores, internet...). Hoy, el gasto militar sigue siendo considerable (una quinta parte del presupuesto federal, más de la mitad de los gastos militares mundiales, con más de 1000 bases en el mundo) y el complejo militar-industrial continúa jugando un papel clave, pero ahora bajo el control de las finanzas. La influencia de las finanzas sobre las firmas estadounidenses de armamento va creciendo y se manifiesta en una toma de control de la estructura de propiedad de su capital por inversores institucionales, puestos ahí por los grandes monopolios financieros: a comienzos de los años 2000, esta proporción alcanzaba el 95 % del capital de Lockheed Martin, el 75 % de General Dynamics, el 65 % de Boeing... *Ídem* para las sociedades militares privadas, pasando una parte cada vez más grande de ellas a manos de las finanzas, a medida que el Estado «externaliza» sus actividades de defensa: MPRI ha sido rescatada por L-3 Communications, Vinnell por Carlyle, DynCorp por Veritas...

b) En un contexto en el que el uso de la fuerza armada es la estrategia impuesta al mundo por las altas finanzas estadounidenses como condición de su reproducción, y en el que la militarización es una modalidad de existencia del capitalismo, en el que el papel del Estado (neoliberal) es fundamental para el capital (puesto que es el Estado quien entra en guerra a cuenta del capital, y son las agencias gubernamentales las que atribuyen los importes astronómicos de contratos militares a las firmas transnacionales de armamento, *via* el lobbying: General Electric, ITT...), en este contexto, pues, el gasto militar se convierte en una fuente mayor de rentabilidad para el capital. Y, por añadidura, puede incrementar aun más el capital ficticio, sobre todo cuando está financiado por la deuda pública.

c) Se debe señalar, además, que las guerras de Afganistan e Irak se pusieron en marcha en un tiempo muy preciso -un tiempo que ya era de crisis: a partir del 2001 (al igual que 1913 y 1938 fueron también años de crisis); crisis que



ya había surgido en el momento de las modificaciones de la política monetaria en los Estados Unidos, consecutivamente a la agravación de los déficit internos y externos del país -el primero en razón de la necesidad de financiamiento asociada, en buena parte, a las guerras imperialistas; el segundo, también en buena parte, debido a las deslocalizaciones, sobre todo hacia China.

Así, a consecuencia de la disminución del crecimiento en el 2000, la Fed disminuyó muy fuertemente su tipo de interés (de 6,5 % en diciembre de 2000 a 1,75 % en diciembre de 2001 y luego a un 1 % a mediados de 2003), y lo mantuvo a este nivel tan bajo hasta mediados de 2004. Es precisamente durante este período, período en el curso del cual las tasas de interés reales se habían vuelto negativas, cuando se localizan los mecanismos de las crisis de las *subprimes*, corriendo riesgos cada vez más elevados, muy especialmente en el sector inmobiliario. Debido al peso del esfuerzo de guerra, en particular pero también fundamentalmente, la Fed se vio obligada a subir el tipo de interés a partir de 2004, o sea un año después del comienzo de la guerra de Irak, hasta el 5,5 % a mediados de 2006. Y justo un poco después, desde finales del año 2006, los deudores comenzaron a interrumpir en masa sus vencimientos de préstamos hipotecarios -viéndose agravado el número de impagos por la contracción del crecimiento y el estancamiento de los salarios.

Y la Fed mantuvo este tipo de interés bien alto, por encima del 5%, hasta mediados del 2007, cuando ya estaban ahí todos los signos de la crisis. Solamente será a partir del 2007, por tanto muy tardíamente, cuando la Fed comienza a conceder a los bancos cantidad de créditos a tipos reducidos, a tasas regaladas, muy próximas al 0 % -sin, por otro lado, evitar los pánicos financieros (pánicos modernos, no se trata de gritos de los *traders* financieros, sino de sus ratones informáticos). Y la crisis explota cuando una masa crítica de deudores encuentra dificultades para reembolsar los empréstitos; lo que fue el caso desde el fin del año de 2006, después de que la Fed hubiera vuelto a subir su tasa de interés para atraer capitales destinados a financiar los presupuestos militares dilatados por las nuevas guerras imperialistas. Y todo

ello sin victoria militar de los Estados Unidos, ni reactivación de la acumulación por las destrucciones llevadas a cabo por estas guerras imperialistas. Y la consecución de estas guerras exacerba aún más las contradicciones capitalistas...

3. ¿Cuáles son los efectos de la crisis?

A. En el Norte

a) Primero, en un entorno de fuerte incertidumbre, la creación masiva de moneda y la fijación de tipos de interés justo por encima de cero, por una parte; la erosión del déficit presupuestario (cerca del 10% del producto interior bruto en los Estados Unidos), por otra; y el desmedido crecimiento de la deuda pública, han entrañado una depreciación del dólar y una «guerra de monedas».

Guerra monetaria ganada de momento (pero, ¿por cuánto tiempo?) por el dólar, por la razón fundamental de que los Estados Unidos disponen de un arma extraordinaria, un arma «de destrucción masiva»: su banco central puede crear -sin límites- moneda que es aceptada por todos los otros países, puesto que el dólar sigue siendo la reserva de valor internacional, lo que permite a los Estados Unidos imponer al resto del mundo los términos de una capitulación que lo obliga (al mundo) a proseguir con las políticas neoliberales, pero también a subir el tipo de cambio del dólar que convenga mejor a la estrategia de dominación estadounidense, incluso si ello implica una fuerte depreciación de las reservas de cambio detenidas por las autoridades monetarias de los otros países, entre los que se encuentra China.

Los Estados Unidos piensan que un dólar depreciado reabsorberá su déficit comercial y estimulará su producción interior. Esto es un error, pues desde hace varios años se observa que estas variables reaccionan bastante poco y cada vez menos a las bajadas del dólar. El resultado es, de hecho, un crecimiento muy débil para los Estados Unidos, que se encuentran en un casi estancamiento. Pero se dirá: el crecimiento del régimen neoliberal ya era de baja intensidad;

es cierto, pero la situación se agrava, pues las causas ahora son debidas a los problemas de conjunto del sistema de financiamiento de las economías.

Paralelamente, otra perturbación inducida opera sobre los mercados de materias primas, y muy en particular sobre el del petróleo, sobre el fondo de agotamiento de las reservas energéticas mundiales, que provoca el alza disparada de los cursos.

b) Se sabe que las peores consecuencias de los efectos reales de la crisis son soportadas por los más pobres de entre las clases populares, con enormes daños, incluidos los Estados Unidos, que son siempre la primera economía mundial, pero con muy malos indicadores sociales en comparación con los otros países ricos del Norte (en lo que respecta a esperanza de vida, tasa de mortalidad infantil, derecho a la sanidad o a la educación misma).

Estos daños comprenden igualmente, en el Norte, el *mal vivir* generalizado, particularmente con respecto al trabajo (aquellos que todavía lo tienen...), incluso fenómenos individuales de hundimiento psicológico, constatados particularmente por la medicina del trabajo, llegando hasta el suicidio. Quiero hablar aquí de los efectos combinados de la amenaza de desempleo y los métodos de evaluación individual, que entrañan la competitividad entre trabajadores en el seno de una misma unidad de producción. De ahí la ruptura de los vínculos de respeto, de lealtad, de solidaridad, de convivencia; de ahí la desconfianza entre trabajadores, la vigilancia, el autocontrol, el miedo al trabajo; la aparición de patologías de la soledad, acompañadas por sentimientos de traición moral a uno mismo, de toma de conciencia frente a la mentira de la calidad total y la certificación por el mercado, en universos donde se reducen los espacios colectivos para pensar y actuar en conjunto, la pérdida de indicaciones morales, la pérdida del sentido de la responsabilidad, y para reconquistar los instrumentos de transformación de las relaciones con el trabajo. Así se llega a depresiones, no ya económicas, sino psicológicas -en las fronteras del psicoanálisis.

c) Y sobre el plano político creo verdaderamente no tener necesidad de insistir en los riesgos de ascensión de las extremas derechas,

bajo sus diversas variantes entrañando un espectro desde lo religioso hasta el neofascismo, y pasando por las derivas de la llamada derecha «tradicional».

Y todo ello no excluye, desgraciadamente, el riesgo de nuevas guerras...

B. ¿Qué efectos de la crisis en el Sur?

a) En primer lugar, la agravación de transferencias del Sur hacia el Norte, *via* los diferentes canales que se conocen: repatriamientos de beneficios sobre inversiones directas o de cartera, devolución de la deuda externa, transformación de reservas de cambio en créditos (concedidos en seguida a los Estados Unidos), pero también intercambio desigual, huidas de capital, etc. Y estas transferencias hacia el Norte van a tener, una vez más, que acelerarse para intentar financiar el salvamento del sistema capitalista central -sabiendo que la hegemonía estadounidense dispone de la divisa clave del sistema internacional y del arsenal militar que va con él, para imponer este drenaje de capitales del resto del mundo. Hasta hoy, los Estados Unidos han podido imponerlos a todos – tanto a sus *partenaires* imperialistas como a sus rivales potenciales (sobre todo a China-, pero ¿por cuánto tiempo todavía?).

b) Los efectos de la crisis son variables según las características de las economías del Sur y según su inserción en el sistema mundial. Algunos países se hallan tan excluidos de este sistema mundial y ahogados en la miseria que la crisis parece no tocarlos, en apariencia. Pero les tocará a todos ellos, sean «emergentes» o no.

El sector agrícola, por ejemplo, debe tenerse muy en cuenta en la mayor parte de estas economías; pero las disfunciones y las paradojas de este sector son gravísimas: en efecto, tres mil millones de personas sobre la tierra padecen hambre o carencias alimentarias, mientras que las producciones agrícolas exceden ampliamente (al menos el 50 %) las necesidades alimentarias (ahí también hay crisis de superproducción). Por otra parte, las tres cuartas partes de estas personas son, asimismo, campesinos. La extensión de las superficies cultivadas a nivel mundial es inversamente proporcional al retroceso de las poblaciones campesinas en



relación con el de las ciudades. Una creciente proporción de tierras es cultivada por transnacionales que ya no destinan su producción al consumo, sino a salidas industriales o energéticas. En la mayor parte de los países del sur que se encuentran excluidos de los beneficios de la «mundialización», un dinamismo «relativo» de las exportaciones agrícolas derivadas de las culturas comerciales de renta coexiste con importaciones de bienes alimenticios de base.

E incluso sugeriría, aquí, interpretar (sin, por supuesto, querer reducir su complejidad) los acontecimientos que sacuden al mundo árabe-musulmán en referencia a un capitalismo que destruye sus estructuras a largo plazo y en la forma neoliberal de este capitalismo que ha puesto, bajo cubierta de *good governance*, las bases de la explosión social actual; particularmente con la subida de precios de los productos alimenticios -y durante todo este tiempo, el imperialismo anda al acecho...

26

c) Pero más allá de todo ello, parecen darse las condiciones para que una consecuencia mayor de la crisis sea la confrontación Norte-Sur, a pesar de las cooptaciones del «G20». Confrontación Norte-Sur en un mundo en el que los niveles de contradicciones se hacen más complejos: contradicciones entre las clases dirigentes y sus clases dominadas, contradicciones entre las diferentes clases dirigentes que dirigen los Estados, contradicciones entre los propios países del Sur...; pero con un actual predominio relativo de las contradicciones entre clases dirigentes, vinculadas a la ascensión de los llamados países «emergentes».

La vía interna dirigida por una amplia mayoría de estas clases dirigentes es la vía capitalista, o alguna de las variantes de la vía capitalista. Pero esta vía no solamente no tiene salida, pues la resolución de las contradicciones producidas por el capitalismo es absolutamente imposible en el Sur, sino que también conduce a entrar en conflicto con las potencias imperialistas del Norte. Así pues, uno de los riesgos que pesan sobre las luchas populares en el Sur es el de ver sus resistencias confiscadas, neutralizadas, transformadas en fuerzas pro-sistémicas por las clases dirigentes; incluso cuando estas clases dirigentes del Sur, sobre todo aquellas cuya estrategia es más coherente y consecuen-

te (como en China), probablemente, no llegarán a avanzar sin transformaciones internas en el sentido de una modificación de la relación de fuerzas en favor de las clases populares.

Y eso vale muy bien para América Latina -en la Venezuela bolivariana, por ejemplo.

IV. Tercera parte: ¿Cuáles han sido, son y serán las políticas anti-crisis?

A. Críticas de las políticas ortodoxas

1. Las políticas anti-crisis, ante todo, han consistido en coordinar las acciones de los Bancos centrales para inyectar liquidez en el mercado interbancario por creación de moneda «primaria», ofrecer líneas de crédito especiales a los bancos y reducir los tipos de interés. En verdad, el objetivo era evitar el hundimiento total del sistema, y también limitar la desvalorización de capital ficticio frenando la caída de los mercados (particularmente, para que los derivados fueran pagados lo más cerca posible de su valor facial), pero eso no resolvió ninguna de las contradicciones fundamentales del sistema.

Un momento crucial fue, como se sabe, la no intervención de las autoridades monetarias -neoliberalismo obliga- cuando se produce la quiebra de Lehman Brothers a mediados de septiembre de 2008. Obviamente, todavía no se han medido las implicaciones de este inmovilismo, al menos no en términos de desmultiplicación de los riesgos de desestabilización de todo el sistema, incluido *via* la deuda de Estado.

De ahí, en muy pocas horas, el cambio de rumbo de 180° del Tesoro y el Banco central: varios establecimientos financieros en peligro (como la aseguradora AIG) fueron nacionalizados (generalmente, sin derecho a voto ni nuevos criterios de control); los *short sells* fueron temporalmente suspendidos; después la Fed abrió líneas de crédito a los *primary dealers* en condiciones especiales (a tasas de interés casi nulo); el Estado ayudó a estos *dealers* en los montajes de rescate a los grupos en quiebra y los recapitalizó -es decir, que sostuvo, y muy fuertemente, el proceso de hipercentralización del poder de los oligopolios financieros en estructuras de

propiedad del capital cada vez más concentradas (Lehman Brothers fue retomado por Citigroup, Merrill Lynch por Bank of America, la caja de ahorros Washington Mutual por Morgan...); se creaba una estructura de «desahorro», una separación de activos contaminados para aportar la garantía del Estado a los títulos «tóxicos»; y, medida crucial, en octubre de 2008 la Fed extendió su dispositivo de *swap lines* (o «acuerdos temporales recíprocos sobre divisas») a los Bancos centrales del centro y de los grandes países del Sur, haciéndolos casi «ilimitados»...

Después tuvieron lugar los planes Paulson 1 y 2 y los planes de apoyo generalizado a la economía (incluido el de General Motors y otros, sin impedir los despidos masivos...), y, de paso, con recapitalizaciones de la Fed, que ya se encontraba sin aliento. Y, finalmente, a principios de 2011, el presidente de la Fed previno al Tesoro de que no continuaría financiando los déficit públicos, que era necesario volver al rigor, que había que aumentar los tipos de interés; con dos riesgos mayores aquí: que en los Estados Unidos la carga de la deuda pública se hiciera aún más pesada; y, para el resto del mundo, que los flujos de capitales se fueran de nuevo a financiar los déficit estadounidenses, y permitirles nuevamente vivir por encima de sus medios...

Y todo ello, bajo la mirada de los pueblos, que comprenden no solamente que el Estado se ha vuelto contra los servicios públicos, sino también que no les hace pagar sino por el salvamento de las altas finanzas -que todo lo dominan.

2. Frente a esto, una parte -minoritaria, pero significativa- de las corrientes liberales continúa radicalizándose, en dirección de las tesis ultraliberales inspiradas en Hayek, Mises o Rothbard. Sus análisis de la crisis, por ejemplo por Rockwell y Rozeff del Instituto von Mises, están fundados en una fe reafirmada en el carácter automático del reequilibrio de los mercados.

Evidentemente son molestas para los neoliberales en la medida en que defienden que la crisis vendría de un exceso de intervencionismo y que el Estado no tiene que salvar a los bancos y a las firmas con dificultades. Lo que habría que hacer, según ellos, es acabar con las regulaciones estatales que limitan la libertad de los agentes sobre los mercados. Ejemplo: mientras que las políticas públicas de la vivienda preten-

dían que todos los ciudadanos pudieran acceder a la propiedad inmobiliaria, los mercados (que no son «populistas») han demostrado que no. Estos ultraliberales están, pues, contra todo plan anticrisis, y en particular contra toda regulación de los tipos de interés por el Banco central.

Los más extremistas llegan incluso a reclamar la supresión pura y simple de las instituciones estatales -incluido el ejército-, así como una privatización de la moneda. Por supuesto, son conscientes de que estas medidas llevarían al capitalismo hacia el caos, pero piensan que, gracias a los mecanismos de mercado, este caos sería benéfico para el capital y que el capitalismo se reconstruiría más rápido y mejor que mediante intervenciones estatales, en forma de ayudas públicas artificiales a empresas que de todos modos estarían condenadas a la quiebra.

3. ¿Y las posiciones reformistas? La gravedad de la crisis ha favorecido un retorno de las tesis de Keynes: «Keynes está hoy, más que nunca, a la orden del día», escribe Paul Krugman -¡que es un economista neoclásico! De hecho, incluso si se oponen a los neoclásicos tradicionales con respecto a las intervenciones del Estado, las interpretaciones keynesianas participan de su misma matriz teórica, diríamos, «burguesa».

Incluso los más avanzados entre ellos, a pesar de matices, variantes, sutilezas, no formulan sino visiones apenas «reformistas», que consisten en introducir modificaciones mínimas en el funcionamiento del capitalismo para que pueda sobrevivir el mayor tiempo posible.

El *Informe de la Comisión Stiglitz* nos puede dar una buena ilustración de ello. Su documento final, redactado en 2009 a petición del presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas, no cuestiona en nada la ideología dominante. Las viejas certidumbres neoliberales están justamente por revisar, pero no por abandonar: los tipos de cambio deben ser flexibles, se reafirman las virtudes del libre cambio frente al «proteccionismo»; los fallos de la *corporate governance* están por corregir, pero la gestión de riesgos continúa siendo confiada a los oligopolios financieros y la regulación del sistema mundial sigue estando bajo la hegemonía del dólar estadounidense.

Estamos muy lejos del rechazo de la liberalización financiera globalizada expresada por



cada vez más países en el Sur -y no sin contradicciones, es cierto-, de la China popular a la Venezuela bolivariana...

B. Keynes

1. Seamos claros: las políticas anticrisis no son keynesianas. Si bien son perceptibles medidas «keynesianas» -desde el plan G.W. Bush de 2008 (con retrocesiones de una parte de los impuestos, por ejemplo) y, sobre todo, con el programa del presidente Barack H. Obama (con trabajos de infraestructuras, etc.)-, el predominio aún sigue siendo hacia el neoliberalismo para salvar el máximo de capital ficticio sobreaacumulado. La conversión de urgencia de planes de rescate del capital en un intervencionismo de Estados accionados de manera perfectamente antidemocrática por los gobiernos del Norte no puede servir de ilusión. Las políticas anticrisis y sus iniciadores no han sido extraídos de los dogmas de la ortodoxia.

28

La Fed y los otros Bancos centrales del Norte continúan creando moneda primaria masivamente, todavía muy recientemente con el *Quantitative Easing 2*. pero esta política monetaria «keynesiana», en apariencia, se hundió en la realidad en una «trampa de liquidez», donde la estrategia de bajada de los tipos de interés reales fue incapaz de redirigir la eficacia marginal del capital y transferir capital monetario de la esfera financiera hacia la esfera productiva.

De ahí, la preocupación actual en los Estados Unidos, desde comienzos del año 2011, que es el endeudamiento del Estado: del Tesoro, del Estado federal, pero igualmente de los Estados federados y de las colectividades locales. El presidente de la Fed (Bernanke) previno recientemente al ministro de finanzas (Geithner) y al Congreso de que había llegado la hora del endurecimiento de los planes de ajuste presupuestario; en claro, que había que hacer exactamente lo contrario de lo que preconizaba Keynes, es decir «limpiar la casa»: reabsorber el déficit aumentando los impuestos y reduciendo los gastos, mediante los recortes del número de funcionarios y sus remuneraciones; o sea, volver a cargarle todo el peso a los trabajadores -incluido *via* la sanidad, las jubilaciones, etc. *Ídem* para nosotros en Europa.

No hay, pues, retorno a políticas «keynesianas», ni en los Estados Unidos ni en Europa, y la concepción dominante del Estado sigue siendo la del Estado neoliberal, al servicio del capital, particularmente en lo que respecta al sistema de crédito.

2. E incluso cuando hubiera (lo que es muy improbable) un «retorno a Keynes» no desaparecerían los problemas.

Y, muy en primer lugar, los problemas teóricos. No hay en Keynes teoría «general de la crisis»; hay numerosos elementos teóricos esparcidos, parciales, a veces opuestos y que a menudo han dado lugar a confusiones y malentendidos por parte de ciertos comentaristas o de sus propios discípulos -comenzando por el concepto, complejo, de «demanda efectiva» (que más habría que entender como una oferta en tanto que valor anticipado de las ventas). Keynes sobre todo buscó una estrategia de salida a la crisis para intentar salvar al capitalismo, encontrando el secreto de un «capitalismo sin crisis», regulado, donde la solución es la creación de una demanda efectiva a través de un factor exógeno, el estado, cuya intervención podría, en las fases de contracción de los ciclos, minimizar el impacto de las crisis. Había comprendido, tal y como también hicieron algunos otros, en particular Schumpeter, que el curso de la historia iba en el sentido de una superación del capitalismo. Pero su teoría se confrontaba a las dificultades en el tratamiento de la moneda, y del sistema financiero particularmente.

Estos límites de Keynes para comprender la crisis, límites en relación a Marx, quiero decir, los han visto y dicho algunos keynesianos lúcidos y honestos, como el genial Joan Robinson; que cito aquí: «la teoría keynesiana elabora numerosos refinamientos y complicaciones descuidadas por Marx, pero lo esencial se encuentra en los análisis marxianos de la inversión como 'compra sin venta' y del ahorro como una 'venta sin compra'». A lo que Keynes habría replicado, cuando Joan Robinson intentaba acercarle a Marx en un ensayo publicado en 1942, que: sería inútil «querer dar un sentido a aquello que no lo tiene».

Pero, sobre todo, es la propiedad fundamental de la moneda para funcionar como capital,

analizada por Marx, lo que no figura de manera desarrollada, ni tampoco clara, en Keynes -y menos aún, evidentemente, en la teoría cuantitativa de la ortodoxia.

3. Este análisis limitado del sistema de crédito en Keynes, y la falta de diferenciación entre moneda estatal y moneda de crédito, le condujo lógicamente -pero también abusivamente- a atribuir demasiada importancia a la moneda, pero sobre todo una responsabilidad excesiva al Estado en la determinación de los tipos de interés. Según él, el Banco central dirige la tasa de interés a la baja gracias al auge de la oferta de moneda, por el bias de la creación «primaria» de moneda, para estimular la inversión en los activos donde la eficacia marginal del capital es más elevada -y ello, hasta, supuestamente, hacer desaparecer lo que se llaman los «aspectos más chocantes del capitalismo» (el paro, las desigualdades, etc.). Ahora bien, sabemos que la política monetaria aplicada por los Bancos centrales, cuyos objetivos son la estabilización de la moneda y la lucha contra la inflación, ha subvertido completamente el proceso mediante el cual se determinaba el tipo de interés en el mercado. Utilizan el tipo de interés como instrumento principal, con efectos financieros y reales sobre toda la economía. Y sabemos que el tipo de interés del Banco central está influenciado, sobre todo, por las tasas fijadas por los grandes oligopolios financieros sobre cada uno de los segmentos de mercado sobre los cuales se comportan en posición dominante.

De ahí, problemas o ilusiones políticas vehiculadas mediante la concepción del Estado en Keynes -la creencia keynesiana en una capacidad todopoderosa del Estado, muy diferente a la Marx. Pues, a pesar de los límites de la teoría marxiana del Estado, incluso ahí, es superior a la de Keynes.

¿Qué es hoy el Estado? ¿No es sostenido por el capital, a través de la deuda pública por ejemplo? ¿La creación monetaria no es esencialmente de origen privado? ¿Los tipos de interés de la Fed no dependen en una amplia medida de los fijados por los oligopolios? ¿La Fed misma no está penetrada por los intereses privados de los oligopolios? ¿No es el Estado quien concede los contratos militares a empresas controladas por

las finanzas? ¿No es el Estado neoliberal tanto o más activo que si estuviese sometido a las altas finanzas?

En resumen, ¿el estado keynesiano es una ficción! Y su «reformismo» no hace sino difundir ilusiones, falsas esperanzas.

Pero, entonces, ¿cuáles son las alternativas?

V. Conclusión

La probabilidad de agravamiento de la crisis actual, en tanto que crisis sistémica del capital, es hoy extremadamente elevada, pues se reúnen todas las condiciones para que tal agravación se cumpla. Recientemente, las finanzas se han inventado las CDO de CDO de CDO o CDO³ -pero este juego de elevaciones al cubo se hundirá. Ya vimos que la unidad de medida, aquí, es el millón de millones de dólares o teradólar (a 10^{12}); pienso que «todo esto va a petar» y lo hará ¡antes de que se llegue al petadólar (a 10^{15})! El capitalismo está en peligro, y sobre todo en el centro del sistema. Se me dirá: hubo otras crisis, muchas otras, y el capitalismo siempre sale de ellas, y lo hace más fuerte, más monstruoso, más monstruosamente concentrado. Sí, y también hubo, antes del capitalismo, crisis precapitalistas. No estoy anunciando el fin del mundo (¿en 2012?). Es una ilusión, otra, quizás debida a la impaciencia, el creer que el capitalismo se hundirá bajo el efecto de la crisis actual: el monstruo va a sobrevivir, y va a seguir matando aún más.

A lo largo de la historia, especialmente desde la gran depresión de los años 30, el capital supo forjar instituciones e instrumentos de intervención pública, por lo esencial ligados a las políticas de los Bancos centrales, permitiendo, en cierta medida, «administrar» las crisis y amortiguar sus efectos más devastadores, al menos en el Norte, en el centro del sistema mundial; pero sin que jamás estas reorganizaciones de la dominación del capital suprimieran sus contradicciones. Por tanto, todavía vamos a sufrir durante mucho tiempo, hasta envejecer, los males del capitalismo y, en el Sur, el «silencioso genocidio de los más pobres» del que este es responsable...

Diría, más bien, que la situación actual se parece no al principio del fin de la crisis, sino



al principio de un proceso de largo período de hundimiento del estadio actual del capitalismo, oligopolístico y financierizado. Y este proceso de hundimiento abre amplias perspectivas de transición, donde la lucha de clases va a endurecerse y complicarse; lo que nos obliga a reconsiderar las alternativas de transformaciones sociales post-capitalistas -pues cada vez somos más numerosos, más allá de nuestras diferencias, en querernos socialistas (y, como se dice, incluso más... si hay afinidades).

Ahora bien, si el problema estructural para la supervivencia del capitalismo es el de una presión a la baja de la tasa de ganancia y si, para él, la financierización no es una solución sostenible, la única cosa que este sistema va a ofrecer, hasta su agonía, es la agravación de la explotación de la fuerza trabajo.

Para llegar a reactivar un ciclo de expansión en el centro del sistema mundial, la crisis que actualmente vivimos debería destruir importes absolutamente gigantescos de capital ficticio, espléndidamente parasitario; pero ahora las contradicciones del sistema capitalista mundial han llegado a ser tan profundas y difíciles de resolver que una desvalorización tal correría el riesgo de empujarlo hacia su hundimiento.

Por otra parte, algunos ortodoxos creen que la crisis actual va a conducir al hundimiento del capitalismo; como, por ejemplo, los analistas de coyuntura del GEAB o *Global Europe Anticipation Bulletin*, cuyas previsiones de agravación de la situación desembocan en la dislocación geopolítica del sistema, el hundimiento del dólar, la desaparición de las bases del sistema financiero globalizado; o las previsiones de Money&Markets en los Estados Unidos, que también preven la próxima agravación de la crisis pero por encadenamientos mucho más tradicionales: el recrudescimiento del déficit presupuestario, el inflamamiento de la deuda pública, una defensa insuficiente del dólar por las autoridades monetarias, etc.

Para nosotros, ha llegado, pues, la hora de la reconstrucción de alternativas y proposiciones radicales -de izquierda. Y entre las cuestiones más difíciles de tratar están las relativas a la moneda y a las finanzas. Las relativas al componente externo de la política monetaria (a los sistemas de cambio, junto con un debate que

debe ser abierto por nosotros sobre la cuestión de la salida del euro, sobre su pertenencia o no, sobre su debilidad o no, para reapropiarnos de algún margen de maniobra) o a propósito de la componente interna de esta política (¿qué control político queremos del Banco central?). Las del financiamiento de la economía (¿cómo reglamentar los oligopolios financieros? O mejor: ¿cómo nacionalizarlos y controlarlos democráticamente?). Los problemas del control del capital extranjero, vinculados al balance de los pagos. Los de las estrategias comunes frente a la deuda exterior. Los de la construcción de regionalizaciones alternativas (con nacionalizaciones continentales, para romper con la lógica del sistema y responder a las necesidades sociales de los pueblos -lo cual, en realidad, debería ser el objetivo mismo de la ciencia económica-). Y, finalmente, los problemas de las nuevas formas de planificación en las transiciones socialistas en curso o por venir -bajo el ángulo de la teoría (¿hasta la supresión de la moneda?), pero sobre todo los de la participación democrática de los pueblos en todos los procesos de decisión concernientes a su devenir colectivo.

Seguramente, las dificultades que se nos plantean son muy serias, pero -no tenemos otra elección- hay que tener esperanza...

Bibliografía

HERRERA, Rémy

- (2010), *Un Autre Capitalisme n'est pas possible*, 202 p., Syllepse, Paris.
- (2010), *Dépenses publiques et croissance économique – Pour sortir de la science(-fiction) néo-classique*, 275 p., L'Harmattan, Paris.
- (2010), *Les Avancées révolutionnaires en Amérique latine – Des Transitions socialistes au XXI^e siècle?*, 175 p., Parangon, Lyon.